EL LUGAR DE LOS PIES DESCALZOS

Leyda Mariscal / Ilustrado por Eduardo M. Juan Morelos

EL LUGAR
DE LOS
PIES DESCALZOS

El lugar de los pies descalzos

Primera edición, 2025
Colección: Alas de Lagartija

© Leyda Sinaí Mariscal Arciniega, por los textos.
Ilustraciones: Eduardo M. Juan Morelos.

D.R. 2025 de la presente edición:
Secretaría de Cultura / Coordinación Nacional
de Desarrollo Cultural Infantil-Alas y Raíces
Paseo de la Reforma 175, 5º piso, Col. Cuauhtémoc,
Alcaldía Cuauhtémoc, C.P. 06500, Ciudad de México.

www.cultura.gob.mx
www.alasyraices.gob.mx

Coordinación editorial y edición: Diana Eugenia Bastida Cabello.
Diseño de la colección: Óscar Alejandro López Alonso (Maltypo).
Formación: Sofía Escamilla Sevilla. Producción: José Francisco Rosas García.

Se utilizaron las fuentes Noto Sans y Literata.

Las características gráficas y tipográficas de esta edición son propiedad de la Coordinación Nacional de Desarrollo Cultural Infantil-Alas y Raíces de la Secretaría de Cultura.

Todos los derechos reservados.
Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento sin la previa autorización por escrito de la Secretaría de Cultura.

ISBN del libro: 978-607-631-346-6
ISBN de la colección: 978-607-631-085-4

Impreso y hecho en México

Gobierno de México | Cultura
Secretaría de Cultura

EL LUGAR DE LOS PIES DESCALZOS

Leyda Mariscal / Ilustrado por Eduardo M. Juan Morelos

alas y raíces

COLECCIÓN ALAS DE LAGARTIJA

Al abrir los ojos no tenía mis zapatos de charol. Amaba mis zapatos de charol negro. Mi madre, una tarde de invierno, me abrigó, acomodó una bufanda rosa alrededor de mi cuello y salimos juntas hacia el mercado. Al llegar, me dijo: "Escoge los zapatos que más te gusten". Pasé horas brincando por los pasillos, mirando por los vitrales, buscando los zapatos perfectos, porque los primeros zapatos que elegiría serían míos y tendrían que ser especiales, muy especiales, cómodos y hermosos.

Horas después, a pesar de que mi madre arrastraba un pie delante del otro, entró conmigo a la última tienda, se sentó en una de esas sillas que ponen para los clientes y me observó apuntar a un zapato de charol que estaba en el último estante. Era bellísimo: negro brillante con una línea roja llamativa en el borde de la suela, eran los zapatos perfectos entre "ya no soy una niña, pero todavía no soy una adulta".

"¡Estos!", grité. Mi madre sonrió aliviada. Me trajeron un par en mi número en esa maravillosa caja blanca. La señorita encargada los puso a mi alcance y me ayudó a ponérmelos. Caminé sobre un tapete de goma hasta el espejo, con mis dos zapatos nuevos ya puestos, y me observé. Me sentía tan bonita. Mi madre aprovechó mi distracción frente al espejo y, con discreción, sacó su monedero de su brasier para pagar mis nuevos zapatos. Después, al salir de la tienda, en una mano llevaba la bolsa con la caja donde descansaba, como muerto en un cajón, mi viejo par de tenis, mientras con la otra mano tomaba el brazo de mi mamá como si fuéramos viejas amigas, comadres, como diría ella.

Miré a mi alrededor. Mi madre no estaba, ni mi padre, ni mis hermanos, ni mi abuela, ni mi perra, ni mi casa, ni las calles de alrededor. En realidad, no sabía en dónde me encontraba. Eché un vistazo en todas direcciones y descubrí que estaba rodeada de cerros, todos muy parecidos, de colores verdosos opacos. Había miles de sembradíos de maguey.

Cuando me puse de pie, acomodé mis calcetas. Las piedras del piso no me calaban. Miré al cielo. El sol parecía acostarse, la luz me daba de costado, calentando mi mejilla derecha. "Cuando el sol está así es porque ya se va a acabar el día". Escuché la voz de mi padre en mi cabeza. Sonreí. ¿Qué diría mi papá si supiera que otra vez me he perdido? Seguramente

me diría con ese tono de voz que tiene, entre regañón y cariñoso-preocupón: "¿Otra vez, Carmina? Más atención, que un día te vas a perder de verdad". No tenía una buena ubicación, así que me perdía con bastante facilidad. Tampoco era que saliera tanto, iba de la escuela a la casa y de la casa a la escuela. La verdad es que trataba de cumplir una promesa: estudiar primero y salir de fiesta después. "Hija, concéntrate en la escuela. Esta es la única herencia que podré dejarte. Cuando tengas hijos y quieran reprocharte los errores del pasado, te dará gusto que no puedan hacerlo, pues no los tendrás", me decía mi padre mientras tomaba mi libro de matemáticas y me daba golpecitos leves en la cabeza, como si así se pudieran meter los números.

Yo pensaba en todo eso que podría angustiarme sobre mis hijos hipotéticos cuando fuera madre, por ello, cada vez que mis compañeras del salón me invitaban al cine o a la casa de una de ellas a ver una película, les decía que necesitaba estudiar o que mis papás no me dejaban salir. A veces me sentía mal, pero con el tiempo me fui acostumbrando a estar más o menos sola. De alguna manera, pensaba que salir de la secundaria y entrar a la prepa —que, por cierto, no faltaba mucho tiempo para que eso pasara— sería como tener una libreta nueva, un nuevo inicio, la posibilidad de ser otra persona, alguien más libre y extrovertida, un poquito, por lo menos.

Como en ese lugar todo parecía igual, no sabía hacia dónde ir. Antes de dar el primer paso, me revisé toda, de pies a cabeza, para asegurarme de que todo estuviera en su lugar y, efectivamente, así era. De hecho, mi ropa estaba intacta, como si estuviera recién salida de la lavadora, es más, como si le hubiera pasado la plancha cinco minutos antes. Intacta, como nunca lo había estado. Entonces, ¿me habré quedado dormida? ¿Cómo carajo había llegado hasta aquí? Intenté hacer memoria. Mi abuelita siempre decía: "Ir hacia atrás con los recuerdos para saber dónde está lo perdido". Entonces, me fui hacia atrás:

Ruta 19-A; viernes, 1:45 de la tarde; alumnos saliendo por la puerta principal de la secundaria núm. 77; la avenida Laureles, como siempre, llena de carros que iban y venían; el carrito de vendimia con churros, salchichas, jícamas partidas con chamoy y unos cuantos dulces, entre ellos: mazapanes, chicles, gomitas...

Recordé a mi amiga Diana con su mano diciéndome adiós porque su papá había llegado por ella. Yo esperé diez minutos a que pasara el camión, cuando lo tomé ya pasaban de las dos de la tarde. Me senté en la penúltima fila, junto a la ventana. Sí, siempre me ha gustado ver las casas pasar, los árboles, los perros, las personas, todo como una mancha borrosa, incluyendo una casa amarillo pollo que adoraba, de tres pisos, con terraza y árboles en la azotea, un balcón hermoso en lo que parecía ser la habitación principal. Sí, ese era mi último recuerdo: la casa amarillo pollo.

Todos los días, camino a casa, fantaseaba con la vida que llevarían esas personas y me preguntaba si serían felices. De hecho, me lo preguntaba sobre toda la gente. Trataba de adivinar sus vidas dependiendo de la ropa que llevaran puesta, del rostro, de sus facciones, del peinado, de los accesorios que colgaban de su cuello o de sus orejas. Usaba todo de ellos para inventarles una vida, esperando que ellos me inventaran una a mí. Me vestía y actuaba pensando que alguien quizá se preguntaría si sería feliz y cómo sería mi vida.

Como parecía que el camino que eligiera daría igual, decidí caminar por una angosta brecha de tierra y, mientras lo hacía, me convencí de que me había quedado dormida arriba del camión y, al terminarse la ruta, había bajado media modorra y todo lo demás se me había borrado.

"Eres una pinche dormilona", me decía mi hermano después de que llegaba del trabajo y me encontraba echada en mi cama. Daniel siempre me hacía sentir especial. Yo sabía que, sin importar lo cansado que llegara de su jornada, iría hasta mi cuarto, bueno, mi cuarto y el de Juliana, mi hermana, y me preguntaría cómo me había ido, se acostaría junto a mí y dormiría otros veinte minutos. Daniel es mi mejor amigo, creo que lo sabe, aunque nunca se lo haya mencionado,

pues siento que, si en algún momento lo escucha de mi boca, se le inflará el pecho de paloma de orgullo y me molestará con eso siempre. Me gusta ver a Daniel dormir, disfruto de su nariz abriéndose y cerrándose hasta que suena una alarma, se levanta, me despeina, me besa la frente y se va para encerrarse en su cuarto, donde se quita su ropa de trabajo y se pone en modo "guandajo": una camisa toda rota y un short aguado que ya no tiene resorte.

El piso bajo mis pies era cálido. El clima era agradable a pesar de que casi no había árboles. Un viento fresco soplaba, algo así como el aire de septiembre, entre la amenaza de lluvia y la primavera. Unas bellas flores naranjas coloreaban el piso y hacían que todo se viera como una hermosa postal, como una vieja fotografía.

"Mi mamá decía que el sol amaba tanto la tierra que extendía sus rayos para besar el suelo y dejar en ella un detalle de amor. Así nacieron los cosmos", me contó mi abuelita una noche antes de dormir. Cosmos, así se llamaban las flores que crecían sin que nadie las plantara, flores que se mecían como si estuvieran bailando al ritmo de una canción, quizá *Don´t worry, be happy*. Esa fue la canción que decidí cantar como proyecto para la materia de inglés, así que la practiqué durante semanas en el baño, en el cuarto, en la cocina... La canté tantas veces, pero tantas veces, que todos se la aprendieron y hasta mi abuelita la tarareaba. Adoraba ver a mi abuela cantar. Sí, definitivamente los cosmos se mecían al compás de la abuela, se movían de un lado a otro mientras tarareaba esa canción.

El cielo estaba repleto de pequeños montones de nubes grisáceas, nubes que viajaban por lo bajo y, en algunos casos, parecían estar sentadas sobre lo alto de los cerros más grandes. "Las nubes bajan a descansar a los cerros, Carmina", me decía mi tía Lupe. Ella era una cuentacuentos. Adoraba que hiciera historias de cualquier cosa: sobre las nubes, los perros, la lluvia... Mi tía Lupe murió hace muchos años y la sigo buscando en sus cuentos, que, de alguna manera, quedaron vivos, flotando en el aire, como el olor al pan recién horneado.

No había muchos muertos en mi vida, pero con tan sólo quince años supongo que eso era bueno. No lo sé, no pensaba en mi tía como alguien que se hubiera ido, más bien era como un recuerdo muy vivo, un recuerdo que sí temía olvidar o deformar.

Después de algunos minutos, no sé muy bien cuántos, llegué a un pueblo que no conocía, que no había visto antes. El sol, de pronto, pareció ponerse en pausa, las nubes no se movían, el viento no soplaba. Lo primero que vi fueron un par de casas: una pintada de color ladrillo y otra de un rosa chillón; ambas tenían plantas frente a sus puertas y árboles que superaban

la altura de sus techos. Afuera, junto a las ventanas, un par de señoras estaban sentadas sobre unas sillas tejidas, platicando y riendo. Al fondo, más casas, más personas de diferentes edades, gallinas picando el polvo en medio de la calle y, en alguna habitación, se escuchaban canciones de Jorge Negrete.

—¿Estás perdida, mijita?

Me preguntó una señora envuelta en un pedazo de tela, que me recordaba mucho a un mantel que había en la casa: negro, con franjas de colores muy mexicanos: rosa, naranja, azul rey, verde. Ese típico rebozo que las mamás buscaban por todos lados para vestir a sus hijos el Día de Muertos.

—Creo que sí —contesté nerviosa y avergonzada.

La señora, repleta de arrugas profundas, me sonrió. Aún llevaba algunos de sus dientes y el poco cabello que todavía tenía en su cabeza caía por uno de sus costados en una trenza delgada. Se puso de pie, con muchos trabajos, tomó un bastón que tenía una forma extraña, se acercó a mí y puso una de sus manos en mi brazo.

—No te preocupes, pequeña, aquí todos se pierden —me dijo.

Su voz calmó el nudo que tenía en el estómago.

—¿Hay algún teléfono que me pueda prestar? —pregunté.

—¿Teléfono? No, mijita. Acá no llega el teléfono.

—Pero...

—Mira el cielo, mijita, ¿acaso ves algún cable? Tranquila, tranquila. Mira, no te preocupes, te quedas conmigo esta noche y mañana te vas tempranito.

—No, no puedo quedarme, tengo que llegar a mi casa, mi mamá se va a preocupar.

—Sí, pero ya va a oscurecer, mejor descansa, te quedas en un lugar seguro, y mañana emprendes camino.

Tragué saliva. “¿Cómo te metes en líos tan fácil, Carmina?”, me preguntaba mi hermana Juliana todo el tiempo. “¿Cómo es que hablas mejor con extraños que con personas que sí conoces?”. “Las personas extrañas no me conocen, July”, le decía. Juliana me volteaba los ojos de esa forma detestable en la que yo no podía hacerlo. July era grande y bella, tenía unos ojos bonitos, con pestañas largas y unos cachetes blancos que se ponían rojos cada vez que se avergonzaba. Parecía que yo siempre la avergonzaba. “Yo debí ser la hermana menor, Carmi”, le escuché decir un día.

Y sí, efectivamente, mis padres querían tener sólo dos hijos, y yo, la tercera, fui la bendición no planeada, la chiripa, el pilón, el granito de sal que faltaba, etc., tantos adjetivos "tiernuchos" para decirle a un hijo que no fue deseado, pero sí aceptado, porque no tenían otra opción o simplemente se resignaron. No lo sé. No podía quejarme. En definitiva, me gustaba ser la menor de los tres, a pesar de que compartía cuarto con July y que cuidaba todas sus cosas como una arpía envidiosa, ah, y aunque no me dejaba acercarme a su parte del cuarto y cerraba todos sus cajones con llave porque no quería prestarme ninguna de sus blusas, nada suyo, realmente. A pesar de eso y de que peleábamos mucho, sí me gustaba ser la menor, y también amaba a mi hermana, y ella a mí, aunque diga que no, porque cuando alguna de las dos se sentía triste o chillona dormíamos en la misma cama, y así: medio abrazadas y sin decirnos nada, nos quedábamos dormidas. Esa era nuestra forma de demostrarnos amor, un amor "apache", como diría mi padre.

—¿Mija?

—Perdón... estaba pensando...

—Sí. Si este lugar tuviera nombre, sería el Pueblo de los Recuerdos. Bueno, como te decía, no te preocupes por tu seguridad, mijita, vivo sola y tengo una habitación vacía, puedes cerrarla con llave si así lo deseas, además, hice sopa de fideos —dijo dándome la espalda y tomando la silla en la que estaba sentada para entrar a su casa.

—¡Adiós, Jaci! —gritó a la otra señora.

Al mirar nuevamente el pueblo, de pronto, como si se hubiera apresurado, el sol cayó de golpe entre los cerros, entre las casas, y todo el entorno se oscureció. En un segundo, las calles eran bañadas con un halo cálido y, al otro, un azul marino, como el mar profundo, ocupó hasta el rincón más olvidado del lugar. Poco a poco las personas desaparecieron, las gallinas de las calles se ocultaron y un montón de gatos de diferentes colores comenzaron a maullar sobre los tejados.

Los pasos de la señora, que avanzaban lento, muy lento hacia el interior de su casa, me hicieron pensar en el miedo que le tenía a la oscuridad, miedo que nació de las películas absurdas de la infancia que, por supuesto, vi sin permiso, en la noche, cuando todos dormían y yo debía hacerlo también; películas que ahora me parecían bobas, pero que en su momento me impidieron dormir durante meses.

"Las cosas malas siempre pasan en la noche, Diana", le decía a mi amiga, tratando de que saliendo de la escuela se fuera directo a su casa, pero ella era un alma libre que no quería hacer caso a nada ni a nadie.

"Te preocupas demasiado, Carmi", me respondía divertida.

Diana y yo nos habíamos conocido en segundo de secundaria. Cómo detesté no conocerla desde primero, tantos desayunos en el baño que me hubiera evitado. Les temía tanto a los niños que rondaban por los pasillos, golpeando y empujando a quien se les daba la gana, que me escondía y creía que no había mejor lugar que los baños de niñas.

"¿Estás comiendo en el baño?", me preguntó en un recreo. Me dio tanta pena que hubiera abierto la puerta del retrete en donde estaba, con mi "lonche" de frijoles con queso en una mano, que lloré la media hora que duraba el receso y, aun así, ella no se fue. Desde entonces estuvimos juntas, desde entonces se hizo mi amiga. Nunca más volvió a hacerme preguntas sobre mis desayunos extraños.

—¿Te vas a quedar ahí, mija? Me haría bien un poco de compañía, ¿sabes? Anda, ayúdame a poner agua para café.

—Pero... no tomo café.

—Té, pues, da igual.

Las risas, las canciones, el pueblo entero comenzó a sentirse vacío.

—También hice frijolitos. Anda.

La seguí.

—Me llamo Fátima, por cierto.

—Yo me llamo Carmina.

Me guiñó un ojo.

—Ten, tú mete la silla. Por cierto, tengo una perra, pero no te asustes, ya está vieja, igual que yo. No le interesa nada más que dormir, comer y cagar, así que estarás bien.

Tomé la silla y entramos en casa. Había un pasillo y dos habitaciones a los costados, una frente a la otra; la cocina estaba al fondo, un baño en el patio y, al fondo, un montón de árboles que tenían pinta de no haber sido podados en un buen tiempo.

—Esta veladora de aquí —señaló un vaso transparente con una calcomanía vieja que tenía un santo impreso— siempre la dejo encendida. En la noche se pone muy oscuro, así que con esto podrás llegar sin problema.

Una mancha negra se movió con lentitud y puso su nariz húmeda en mi pierna. Era una perra canosa, casi no se le veían los ojos, una lengua rosada salía

de su hocico, y su cola se movía de un lado para otro como si me ubicara. Era una labradora muy bella.

—Se llama Sultana —dijo la señora.

Dejé la silla a un lado y me agaché para quedar a la altura de sus ojos. Acaricié sus orejas y se puso patas pa' arriba para que rascara su panza.

—Qué buena perra eres —dije en voz baja para que ella pudiera escucharme.

En ese momento, sentí un cansancio terrible, como si kilos de tierra cayeran sobre mi cuerpo. Quise echarme al lado de la perra y dormir ahí, abrazada a su cuerpo peludo y negro.

—Ya no te la vas a poder quitar de encima. Le caíste bien. Ya, te seguirá pa' todos lados.

Y así fue. Paso que daba, ella lo seguía.

La cocina olía a frijoles fritos y a chile tatemado; un par de tortillas ardían en el comal y en un platito con flores pintadas había un pedazo de queso que no olía tan fresco. La anciana y yo nos acomodamos alrededor de una pequeña mesa redonda y Sultana se acostó a mis pies, sentía el peso de su cuerpo sobre mis dedos. En cuanto nos sentamos para comer, Sultana me miró con unos enormes ojos "pedinches".

—No te preocupes por ella. Ya comió. Que no te seduzcan sus ojos rogones.

Después de cenar, lavé la loza, porque mi madre siempre decía que las visitas se acomiden. Entonces, aunque odiaba, de verdad odiaba lavar los trastes, lo hice, de más o menos buena gana, con una sonrisa y en silencio. Al terminar, la señora Fátima me llevó al cuarto donde dormiría, era un lugar pequeño y sin muchos adornos.

—Toma —me dio una llave—. Si te da miedo, puedes cerrar la puerta por dentro, pero, de todas maneras, yo estaré del otro lado. Vente, Sultana.

Pero la perra no se fue. Sultana se había subido a la cama donde se suponía que yo iba a dormir y ahí se quedó.

—Ya, pues. Quédate —me miró—. Te lo dije. Descansa, Carmi. Mañana será otro día.

Miré a la señora arrastrar los pies y sujetarse de todo lo que tenía alrededor para llegar a su cuarto. Ella no cerró la puerta. La casa vacía rechinaba por el viento y eso me dio miedo, así que yo tampoco cerré la mía.

Antes de pensar en acostarme, husmeé por todo el cuarto, pero no encontré nada. Las paredes parecían roídas por el tiempo al igual que las cortinas, unas

cortinas azul cielo que me hacían pensar en una habitación de hospital. Estaba la cama en una esquina y un buró antiguo a su lado. Mi cuarto, bueno, la mitad de mi cuarto, no se parecía nada a esto. No me gustaban los espacios vacíos, así que llenaba cada centímetro de pared con recortes, fotografías, dibujos, cartas, cosas que me hicieran sentir feliz. Sobre los muebles tenía muñecos, cajas de música, más fotografías, juguetes pequeñitos, libros y cuadernos. Me gustaba eso, que todo tuviera un lugar y que todo eso fuera mío. Me gustaban los colores, muchos colores, y cosas colgando del techo: una especie de mundo mágico.

Sultana empezó a roncar. Sin quitarme la ropa, quité las cobijas y me eché debajo de tres cobijas increíblemente pesadas, como las que tenía mi abuela sobre su cama vieja. Una vez acostada, la perra acomodó su cabeza en mi pecho y el peso me hizo sentir ganas de llorar. Pobre mamá, pobre papá, qué tanto estarán pensando ahora.

Como no había reloj, no supe por cuánto tiempo pensé en la casa, en mis hermanos, en el regaño que obtendría al regresar a casa o la súper fiesta que haríamos cuando se dieran cuenta de que no me había pasado nada. “Mañana estaré en casa. Mañana dormiré en mi camita, con mi perrita y con mi fastidiosa hermana al lado”, pensé, cerré los ojos y después de fingir que dormía por no sé cuánto tiempo,

me quedé dormida, sin ningún sueño, sólo una oscuridad profunda de la que no era consciente.

A la mañana siguiente, antes de que saliera el sol, Sultana lamió mi cara y después, con sus enormes patas, pisó mis piernas y saltó de la cama. Abrí los ojos de golpe para encontrarme con la perra caminando lento hacia la habitación de la señora, quien ya se había despertado y se movía en su cuarto.

"No quiero perros en la casa", recordé a mi padre gritándome desde la cocina, mientras yo trataba de meter a un perro callejero dentro de mi mochila. Amaba a los perros, siempre quise uno y mi padre batalló con eso: perro que encontraba en la calle, perro que llevaba a la casa. No me importaba si era grande, chico, si estaba sucio o limpio. No hacía distinciones. Sin embargo, los perros nunca duraban, cuando mi padre se enteraba de su existencia, terminaba por acomodarlos en casas y yo llorando, obviamente. Hasta que un día decidí que ni mi padre ni su negativa a tener animales arruinarían mi plan de tener una mascota, así que tomé el primer perrito que encontré en el parque, solo y mugroso, claro, y le puse nombre: Floper.

Lo escondí y lo mantuve en casa en una caja de zapatos durante meses. Pobre perro, todo bello y agradecido, con sus ojitos negros mirándome. Mis hermanos y yo lo alimentamos, lo cuidamos, lo escondimos.

Floper era nuestro secreto, pero ese secreto ladraba y, una noche, mi padre nos descubrió. Hubo una gran pelea, pero creo que al final ganó su compasión y Floper fue el primer perro que duró.

Lamentablemente, mi chinito tenía un odio terrible por las llantas de todo lo que se moviera: carros, motos, bicicletas, patinetas, todo; tanto, pero tanto odio tenía, que las seguía como si su vida dependiera de eso y sí, eso fue lo que le arrebató la existencia. Su cuerpecito quedó atorado bajo un vocho tinto y expiró su último aliento en mis brazos. "Ahora entiendo por qué no querías que tuviéramos perros, papá. Cómo duele cuando pierdes algo que amas", le dije, triste, muy triste, con el corazón roto.

—¿Carmina? ¿Ya estás despierta? —me preguntó la señora Fátima desde la otra habitación.

—¡Sí!

Dejé de lado los pensamientos perrunos y me levanté para acomodar la cama. Después, salí a la cocina donde tomé una taza de té mientras ella sorbía café de un jarrito tinto. Después le agradecí la hospitalidad, la seguridad en la noche y la compañía de la perra.

—¿Sabe dónde puedo tomar un camión para la colonia Las Margaritas?

—¿Las Margaritas?

—Sí...

Vi un poco de tristeza, nostalgia, recuerdos, en los ojos de la señora.

—Estás muy lejos de tu casa, mija.

Empecé a mover mis manos de esa misma forma en que siempre lo hacía cuando estaba nerviosa.

—Pero, ¿sí sabe?

Lo pensó.

—Ven, acompáñame. Vamos con Adrián, creo que él te puede llevar.

Salimos de su casa, ella todavía vestía una bata rosa que dejaba al descubierto sus pantorrillas delgadas. Sultana la seguía de cerca sin estorbar y yo, un par de pasos atrás. Todas las casas parecían abandonadas, con pequeñas y delgadas telarañas en las esquinas de las ventanas y los gatos dormidos sobre las sillas que parecían abandonadas sobre las banquetas. Pasamos tres casas y nos detuvimos frente a una que me recordaba a la vivienda de una señora que vendía duritos y mangonadas por la tarde. Tocó varias

veces, pero nadie se asomó. Comencé a ponerme nerviosa, pero Sultana recargó su cabeza en mi pierna, intentando tranquilizarme. La señora Fátima volvió a tocar y, luego de otros tres intentos, un hombre de más o menos treinta años asomó su nariz y, al ver de quién se trataba, abrió la puerta con más confianza y dejó al descubierto su bata, igual, exactamente igual a la que tenía la señora Fátima, pero de color azul.

—Hola, señora Fátima, buenos días, ¿cómo está?

—Ya sabes, mijito, como siempre. ¿Te desperté?

—No importa, señora Fátima, dígame, ¿en qué le ayudo?

La señora Fátima comenzó a contar lo sucedido como si ella fuera yo. De hecho, me sorprendió los detalles que daba e intenté hacer memoria de lo que había pasado, porque no recordaba haber dicho tantas cosas, o quizá sí, con el cansancio, ya no estaba segura.

—No se preocupe, señora Fátima, yo la llevo sin problema a la parada. En el camión de la Lupita, ¿verdad?

—Sí, mijito.

Respondió con un toque medio triste que no logré entender.

—Gracias, mijito —volteó hacía mí—. No te preocupes, Carmina. Adrián te llevará. Él sabe muy bien el camino. No está muy lejos de aquí.

Agradecí tres o cuatro veces a la señora por todo lo que había hecho por mí y abracé a la perra que babeaba a mi lado.

—Mmmm..., yo creo que esa perra ya no regresa conmigo, mija. Que te acompañe, no tengo problema. De todas maneras, siempre sabe volver, se sabe el camino, así que tú sin preocuparte, ¿está bien?

Asentí. La señora Fátima me abrazó, se despidió de Sultana y caminó de regreso a su casa. La vi alejarse lentamente, muy lentamente sin voltear atrás. La perra no se movió ni un centímetro, se había echado a mis pies, sobre mis calcetines blancos. Adrián había cerrado la puerta y yo, bueno, me había quedado afuera, esperando.

Mientras esperaba, conté las tejas que había sobre la ventana, hablé con una golondrina que me miraba desconfiada desde la lámpara que había junto al árbol y acaricié a Sultana, quien ya parecía dormida.

—Listo —dijo de pronto Adrián.

—¿No te vas a poner zapatos? —le pregunté, pero él no me respondió, no dijo nada, sólo sonrió y empezó a andar.

—¿En serio? —insistí.

—Por si no te has dado cuenta, aquí nadie usa zapatos, niña. La tierra aquí no cala, no daña los pies. Andando...

Un escalofrío me recorrió entera. Me quedé quieta, pero Sultana comenzó a seguirlo sin dudar. Miré hacia atrás, no había nadie, así que no tuve más remedio que confiar en el extraño, al que me había encomendado otra extraña. Tragué saliva.

Los primeros diez minutos de caminata fueron sobre una calle solitaria. Apenas se escuchaba un par de pájaros y uno que otro perro ladrando a los gatos, pero después me hartó el silencio de velorio y comencé a hablar.

—¿Cómo se llama aquí?

Adrián no me miró, tenía la mirada bien puesta en el camino y sus dos manos metidas en los bolsillos de su pantalón de mezclilla.

—Es un lugar sin nombre. Creo que a nadie le ha importado ponérselo.

—¿Te gusta vivir aquí?

Me miró. Era la primera vez que me miraba. Tenía los ojos café muy claros, los dientes un poco chuecos y la nariz redonda.

—No puedo quejarme. Ya me he acostumbrado.

—¿Pero no te gusta?

—No es mi lugar favorito, Carmina.

—¿Cuál es tu lugar favorito?

—No te conozco lo suficiente como para decírtelo —dijo sonriendo.

—Vamos, tú me dices y yo te digo.

—Hagamos algo, te digo, pero no me preguntas nada más en lo que queda de camino.

—Hecho.

—Bueno, mi lugar favorito es un pedacito de playa en Nayarit. Imagínalo: el agua siempre tranquila, no tan limpia, pero siempre tranquila; no hay mucha gente, se escucha el mar ir y venir; las gaviotas vuelan, hay atardeceres y amaneceres siempre hermosos. Los colores al inicio y al final del día son maravillosos. Y cerca de la orilla está la casa de mi abuela. Ella está en la cocina y nos grita que las quesadillas están listas. Ese es mi lugar favorito.

—Suena muy bien.

—Sí, ese es mi lugar de la infancia. Mis padres nos daban permiso de quedarnos ahí en las vacaciones de verano. Todos los primos, de hecho, compartimos las vacaciones con la paciencia de mi abuela. Fue genial.

—¿Y qué pasó?

—Crecimos, eso pasó.

No dejaba de reír, pero me parecía que lo que decía era triste.

—¿Y por qué no vas allá? Suena muy bien, la verdad.

Adrián lo pensó.

—No es tan sencillo, Carmina.

—¿Por qué?

—Bueno, dijiste que no harías más preguntas, así que cumple con tu parte.

Después de eso ninguno de los dos dijo otra cosa. Al principio me desesperó el silencio, pero después me distraje con algunos escarabajos verdes que volaban ruidosos sobre los matorrales. Sultana estaba repleta de esos bichos, pero a ella no parecían molestarle. Al contrario, parecía que le gustaba sentir sus patas intentando atravesar su capa de pelo prietito.

—¿Cuánto falta?

—No mucho.

—Menos mal... creo que me estoy cansando.

—Eso es mentira, Carmina.

—¿Tú cómo sabes?

Suspiró un poco harto.

—Porque lo sé. Punto.

—Si no querías venir, entonces, ¿por qué dijiste que sí?

Adrián se detuvo en seco y me obligó a verlo a los ojos.

—Aquí todos tenemos que ayudarnos. Sólo nos tenemos a nosotros. Entonces, henos aquí.

Continuó.

—¿Está muy lejos el lugar a donde vamos?

—No, no tan lejos.

Nunca me gustó caminar, incluso mi abuelita caminaba más que yo. Se movía con ayuda de un bastón y no dejaba que nadie la tomara del brazo para moverse de un lado a otro. Más bien, ella me arrastraba de su casa hasta las telas parisinas del centro de Guadalajara y durante dos horas caminábamos de un lado a otro entre los tubos de tela para elegir metros de su color y estampado favoritos.

“Por el amor de Dios, Carmina. Quita esa cara de perro viejo y ayúdame con esto”, me decía. “Deja de estarte quejando. Cuando me muera, estos son los recuerdos que te harán llorar”.

—¿En qué piensas?

—En mi abuela.

—Las abuelas... son todo un caso, ¿verdad?

—Mi abuelita es... muy buena.

Adrián pasó mucho tiempo hablándome sobre su familia, sobre su mamá, su cocina, cómo vestían, cómo reían. Me contaba los detalles con tanta minuciosidad que logró que imaginara a toda su familia.

—¿Qué pasó con todos ellos, Adrián?

Me sonrió.

—Siguieron, por fin, siguieron.

—¿A dónde?

—A los días... es lo que se debe de hacer, creo. Es lo que todos dicen que se tiene qué hacer...

—¿Y tú por qué no los seguiste?

Adrián negó sin dejar de reír.

—Lo intenté, ¿sabes? Pero después me di cuenta de que era mejor que yo también continuara. Estoy bien ahora. Me siento tranquilo. Los días pasan lento y nunca hace frío. Tengo tiempo de mirar el cielo y de apreciar a las aves. Aquí todos nos entendemos y nos acompañamos. Además, es sólo momentáneo.

—¿Momentáneo?

—Sí, ayudamos a personas como tú.

—Pues... ¿cuántas personas se pierden por acá?

—Si supieras... montones.

Los dos sonreímos.

El ambiente había mejorado mucho, tanto, que no me había dado cuenta de que estábamos cruzando por una parcela de maíz y, de pronto, una carretera de polvo y, a la orilla del nuevo camino, Adrián se detuvo. Sultana seguía a mi lado, no jadeaba ni parecía estar cansada o sedienta.

—Yo ya no puedo seguir.

—¿Por qué?

—No tengo zapatos, ¿recuerdas? —dijo alzando los pies.

—Pero...

—Pero nada, Carmina. Te irá bien. Yo pienso que el camión no tarda. Le calculo... unos diez o quince minutos, no más.

Lo dice mirando al sol como si este pudiera susurrarle la hora exacta.

—Sólo espera aquí.

—Está bien, muchas gracias.

—Un gusto.

Adrián ya me había dado la espalda.

—¿Adrián?

—¿Sí?

—Espero que pronto puedas regresar con tu familia.

Adrián sonrió.

—Gracias, Carmina. Igual tú.

Nos miramos por un par de minutos y esperaba que en ese tiempo él hubiera entendido lo agradecida que me sentía sin necesidad de decirlo. Me sonrió, me dio la espalda y cuando acepté que no volvería a ver hacia atrás, Sultana y yo cruzamos la angosta calle y nos dispusimos a esperar el dichoso camión, pero pasaba el tiempo y éste no se veía. Sultana parecía tranquila, estaba echada en el piso, en la sombra que dejaba mi cuerpo, completamente dormida. El sol no quemaba, pero cuando no hacía nada, mi cabeza se sentía con tiempo de imaginar posibles escenarios catastróficos y eso nunca terminaba bien.

Cuando ya estaba pensando en las mil formas en las que podría morir, en mi funeral, en las flores que había en el ataúd, en el testamento que no había hecho, en quién iría al velorio, quién se acercaría al cajón, qué ropa me pondrían, quién me extrañaría

y todas esas cosas que no tenían sentido, apareció, por fin, el mentado camión cliché de películas de colegio: amarillo con franjas negras, ventanas grisáceas y asientos de imitación de cuero. Faltando pocos metros para que se abriera la puerta frente a mí, me di cuenta de algo.

—Sultana, no tengo dinero. Todo se quedó en mi mochila.

Ni siquiera había pensado en que llevaba mochila. ¿Dónde demonios la había dejado? El camión frenó, hubo una nube de polvo que me hizo estornudar tres veces y, cuando se abrieron las puertas, una muchacha delgada, con nariz aguileña y los ojos más grandes que había visto, me dio la bienvenida.

—Hola, Carmina, me avisaron que podía pasar por ti. Pasa, anda. Llevamos prisa.

—No traigo dinero... ¿Puedo pagarte al bajar?

—No te preocupes, pasa...

Pero antes de que la chofer dijera "pasa", Sultana ya se había subido y se había acomodado en uno de los asientos desocupados.

—¡Ey, tú hasta aquí llegas! ¡Anda, bájate! —le grité desde la entrada. La chofer se carcajeó.

—No te preocupes, todos conocemos a Sultana. No me importa que se suba.

Pasé los tres escalones de la puerta y me senté al lado de la perra, quien había tomado el asiento que estaba pegado a la ventana. Parecía acostumbrada a viajar en ese camión. Parecía, incluso, que ése era su lugar: sentada, mirando por la ventana, casi pensativa, con una pata en el asiento y la otra en el borde del cristal, con media cabeza saliendo por la ventana y la lengua de fuera. El camión estaba lleno. Todas las pasajeras eran mujeres y niñas.

—Es casualidad —dijo una muchacha que se veía más o menos de mi edad, desde el asiento que estaba frente a mí.

—¿Ah, sí?

—Sí —dijo sonriendo—. Por lo regular es más variado, pero hoy tocó así.

—¿Viajas seguido? —pregunté.

—Podría decirse...

—¿A dónde vas tú? —continué preguntando.

—Todavía no lo sé... —contestó. No entendí su respuesta—. ¿Tú sí sabes a dónde vas?

Lo pensé... ¿Cómo no podría saberlo?

—Sí —dije.

—Qué afortunada.

Permanecimos en un silencio incómodo.

—Soy Ana, por cierto. ¿Quieres una galleta?

Me ofreció un paquete de galletas. Tomé una y agradecí.

—Puedes agarrar otra para tu perra, si quieres.

Sultana ni siquiera había volteado, pero la tomé de igual manera por si una no me bastaba.

—Gracias.

—¿Tú cómo te llamas?

—Carmina.

—¿Por qué?

—¿Cómo que por qué?

—No había escuchado ese nombre en alguien joven, sólo en abuelas de algunos compañeros o tías muy viejitas.

—Bueno... —dije un poco molesta.

—Estaré aquí, ¿sale? Ya sabes, por si quieres más galletas.

Asentí con un movimiento de cabeza. “Qué odiosa”, pensé. Decidí recargarme en el asiento, relajarme. Primero intenté cerrar los ojos, pero no pude dormir, así que lo único que quedaba por hacer era mirar por la ventana un paisaje que parecía no cambiar: montañas, parcelas de caña y flores ocasionales.

Más pronto de lo que esperaba, oscureció. Volví a pensar un montón de cosas. El camión estaba tardando más de lo que esperaba en llegar a la ciudad. Sultana despertó, se acomodó en mi regazo y puso su cabeza cerca de mi cuello. La abracé fuerte y se dejó abrazar.

“¿Qué te pasa?”, me preguntó mi padre alguna vez camino hacia a algún lugar, ya no recuerdo cuándo o qué estábamos haciendo. “Me da miedo la carretera”, respondí. “¿Por qué?”, preguntó. “Pienso que vamos a chocar”. Mi papá se burló. “Puede pasar, ¿sí?”, dije. “Sí, hija, puede pasar, pero manejo bien... soy cuidadoso”, mencionó. “¿Y si los otros no lo son?”, cuestioné. “Pues eso no lo puedo controlar yo, pero... para no pensar en eso, pongo música”. Y le subió a la radio, que, justamente, sonaba con la canción de Selena Quintanilla.

No me queda más
que perderme en un abismo
de tristeza y lágrimas.
No me queda más
que aguantar bien mi derrota
y brindarte felicidad.
No me queda más
si tu regreso
hoy sería una imposibilidad.
Y esto que no era amor
lo que hoy niegas
lo que dices
que nunca pasó
es el más dulce recuerdo
de mi vida...

Y mi padre cantando a todo volumen, sin soltar el volante y mirando, de vez en cuando, por el retrovisor. En esos momentos de viaje envidiaba a mis hermanos, a quienes les bastaba recargar su cabeza en el asiento y abrir su boca para empezar a roncar.

—Sultana, estoy cansada. Ya quiero llegar a mi casa... extraño a mi familia.

La perra me miró y no apartó sus ojos negros de los míos hasta que pasó la lengua áspera por mi cara para volver a recargarse en mí. Pasaba el tiempo y todas arriba del camión dormían. Afuera ya no se veía nada, todo el paisaje se había convertido en una

mancha oscura y adentro sólo unos gigantes dados fosforilocos iluminaban el pasillo que daba a la cabina de la chofer, quien escuchaba música con volumen muy bajo.

Con cuidado moví a la perra y me acerqué a la conductora. Antes de llegar a su silla, aclaré mi garganta.

—Hola.

Ella no se asustó, sonrió tranquila y me señaló un banco redondo, color rojo, que estaba a su lado. Me senté.

—¿No puedes dormir?

—No.

Sentí un nudo en la garganta, quería contarle que sentía miedo, que estaba asustada, pero no la conocía lo suficiente como para llorar desde el momento en que abriera la boca.

—¿Me quieres contar por qué?

Negué con la cabeza.

—¿Por qué?

—Porque no quiero llorar.

—A veces llorar es bueno, Carmina.

Como no respondí nada, ella tampoco insistió, pero su compañía y la música de fondo me calmó la angustia.

—¿Carmina?

Me preguntó tiempo después.

—Hay una amiga que te puede dejar más cerca.

—¿Más cerca de dónde?

—De tu familia, Carmina.

—Pero...

—No te preocupes, en unos diez o quince minutos llegaremos con ella. Pasarás la noche ahí y en la mañana Alejandra, ese es su nombre, te llevará a ti y a otras dos personas a sus destinos.

—¿Cómo sabes a dónde voy?

Pensó mucho en su respuesta.

—Todos nos comunicamos por aquí, Carmina. Queremos, bueno, buscamos que todos lleguen con sus familias lo más pronto posible.

—¿Todas aquí están perdidas?

—Algo así... digamos que todas aquí quieren regresar a algún lugar...

—¿Es seguro? ¿Con esa Alejandra que mencionas?

Parecía aliviada con el cambio de tema.

—Sí. Ella es genial y tiene una hija de tu edad, creo. Se llevarán bien.

Sultana se había despertado y me buscaba desde su lugar.

—Si no te vas, empezará a ladrar y despertará a todas —me dijo con una sonrisa.

Me levanté, fui por Sultana y regresé al banquito.

—Es una buena perra.

—¿Por qué la conoces?

—Acompañó a otra chica que llegó al pueblo hace no tanto.

Iba a preguntar algo, pero orilló el camión, bajó la velocidad, se detuvo y abrió la puerta.

—Listo, Carmina. Aquí es.

Tocó el claxon. Las dos personas que iban a bajar se acercaron a la puerta, se despidieron sin tanto afán y bajaron.

Afuera no se veía absolutamente nada. Tragué saliva. Sultana siguió a las otras dos muchachas. Miré a la chofer, iba a decir algo, pero ella me tomó la mano.

—Todo estará bien, te lo prometo. Pronto estarás con tu mamá y con tu papá... y todo esto será sólo un recuerdo...

—¿Segura?

—Sí, te lo prometo.

Bajé del camión, las otras dos muchachas estaban cerca de una camioneta vieja color verde y hablaban con una mujer bajita, de risa escandalosa, muy bien abrigada. Me hizo una seña, pero como no me acerqué, ella caminó hacia mí.

—¿Por qué tardas tanto? Carmina, ¿verdad? ¿Pues cuántos años tienes? ¿Quince?

Asentí.

—Hola, Alejandra. ¿Muy ocupada la noche? —preguntó la chofer desde su asiento.

—Demasiado... tres esta madrugada, ¿y tú?

—La última fue Carmina, pero el camión está lleno.

Alejandra negó. No entendía su conversación.

—¿Cómo está tu hija?

—Aburrida, como siempre. No se acostumbra a esto.

—Bueno, ya, me retiro. El camino es largo. Me saludas a tu hija. Cuídense mucho.

Alejandra asintió y regresó a su camioneta, la conductora cerró la puerta antes de que pudiera decir algo y no me quedó más remedio que seguir a Alejandra, a Sultana y a las dos extrañas que parecían más resignadas a aceptar toda esa locura que yo.

—Ven, acompáñame adelante —pidió Alejandra, quien ya estaba frente al volante con la camioneta encendida, con Sultana sentada a los pies del copiloto y las otras chicas acostadas en la caja, boca arriba, mirando el cielo oscuro sin ninguna estrella visible.

—Pero...

—Ellas están de acuerdo. Vamos.

En cuanto subí al asiento de copiloto, Sultana se echó y siguió con su sueño. Alejandra escuchaba cumbias escandalosas, con ritmos muy movidos y letras que apenas se entendían. Parecía una mujer alegre, movía la cabeza y golpeaba el volante al ritmo de la canción. Cuando vi que no entablaría ninguna conversación, me recargué en el asiento y fingí durante cinco canciones que estaba dormida.

—"Abajejo burro viejo". Hemos llegado —dijo de pronto.

Cuando abrí los ojos, una pequeña casa era iluminada por una lámpara de luz cálida. En la puerta había una muchacha que, efectivamente, era más o menos de mi edad. En cuanto se estacionó Alejandra, la joven caminó hacia nosotros.

—Ella es Luna, mi hija. Dormirás con ella hoy.

Asentí. Estaba cansada. No me sentía con ánimos. Quería dormir. Las muchachas que también iban en la camioneta tenían el mismo aspecto, bueno, ellas parecían todavía más cansadas, como si llevaran más tiempo perdidas.

Entramos todas a la pequeña casa. Adentro olía a carne asada. La mesa estaba servida: cinco platos

con carne y frijoles, cinco vasos con agua de jamaica, un tortillero repleto de tortillas que parecían recién hechas, un pequeño plato con chile tatemado y otro, un poco más grande, con nopales picados.

—Siéntense, muchachas. Comemos algo, nos vamos a dormir y mañana será otro día.

—¿Dónde dormiremos? —preguntó una de las muchachas.

—Vaya, así que sí hablan... —dijo Alejandra con un tono burlesco.

—Pues... después de un intento de charla que tendremos, las dos dormirán en mi cuarto, Carmina con mi hija, y yo, en la sala. ¿Les parece?

Nadie dijo nada. Duramos en un silencio incómodo durante varios minutos. No supe cuántos porque no había un reloj por ningún lado, pero, ya casi al terminar la comida, Luna comenzó a hablar. Contó sus experiencias del día de una forma tan graciosa que logró romper el hielo y, cuando ella terminó de contarnos lo que había pasado, le siguieron las otras dos. La cena se extendió. Las muchachas que me habían acompañado en el camión se llamaban Laura y Claudia, veintisiete y treinta y cinco años, respectivamente. Laura era estudiante de la normal de Jalisco y Claudia era maestra de primaria,

además de ser mamá de un niño de cuatro años. Las cinco hablamos sobre nuestras respectivas familias, sobre viajes, lugares favoritos, colores con los que nos sentíamos identificadas, mascotas que soñábamos tener cuando éramos niñas; sobre nuestros miedos, si teníamos amigos, si habíamos conocido lo que era el amor, las cosas que nos hacían enojar, las cosas que nos hacían sentir felicidad... lo que nos conformaba, prácticamente.

—Bueno, yo ya me voy, y ustedes... —Alejandra se levantó de la mesa—. Y ustedes deberían de hacer lo mismo.

Cuando todas nos levantamos me di cuenta de que ninguna traía zapatos. Íbamos descalzas, con calcetines, incluso sólo con uno de ellos.

—Te preguntas por los zapatos, ¿verdad? —me preguntó Luna mientras caminábamos a su habitación.

Era un pequeño cuarto con las paredes pintadas de lila y mariposas colgando del techo. Me prestó una pijama calientita y las dos nos metimos a la cama, acompañadas de Sultana, que se había acostado entre ambas, con la cabeza al alcance de nuestras manos. Nos tapamos de pies a cabeza con una sábana delgada, como si fuéramos viejas amigas que se conocen desde siempre y empezamos a hablar con susurros.

—¿Por qué nadie usa zapatos por acá?

—Es un secreto, pero un día escuché a mi madre decir que los zapatos estaban extraviados, como nosotras alguna vez.

—Adrián decía que no se necesitaban, y era cierto: el piso nunca está frío o caliente, sólo está.

Luna sonrió.

—Sí, extraño el pasto helado.

—¿Tú no vas a la escuela?

—Antes iba... pero un día me perdí y terminé por acá. Supe que pasaste la noche con la señora Fátima, yo también pasé ahí mi primera noche. Siempre creí que ese cuarto estaba ahí porque ya sabían que yo iba a llegar.

—¿Todos pasan la noche con la señora Fátima?

—No lo creo...

—¿Por qué?

—He pasado aquí mucho tiempo...

—¿Cuánto?

—No lo sé, la verdad. El tiempo aquí parece no pasar..., pero mucho... de verdad mucho. Bueno, muchas personas han llegado aquí, a la casa. Mi mamá dice que somos "el medio camino", así le dice ella. Todas las personas que pasan la noche aquí platican de dónde vienen y sólo tres personas han pasado por esa casita. Por eso Sultana conoce el camino. Ella me trajo acá. Aquí encontré a mi mamá. Más tarde, vino otra chica que también era de nuestra edad acompañada de la misma perra y, luego, tú.

—Es extraño. La perra a veces me da miedo.

—No, es súper linda —dijo acariciando detrás de las orejas de la perra—. Yo pensé que ya no volvería a verla, pero mira, aquí está.

—Tengo miedo, Luna.

—Es lo más normal, ¿no? Imagínate que no tuvieras miedo... ¿Qué serías?, ¿un robot?

Las dos reímos y después nos pusimos en modo serio, pensando.

—Mi madre siempre me decía que los zapatos eran como una jaula para los pies. Que era como si nuestros pies fueran pájaros, pero atados de la cola para que no volaran tan lejos. Mi madre siempre procuraba estar descalza.

Tragué saliva.

—Extraño a mis papás...

Empecé a llorar. Luna me abrazó y me siseó como se hace con los niños pequeños cuando se encuentran en dificultades.

—¿Tú tenías miedo cuando te perdiste?

—Muchísimo. Además, tardé más tiempo en encontrar a mi mamá... Ella me encontró a mí, de hecho. ¿Quieres que te cante una canción?

No respondí, y ya que, como decía mi abuela, "el silencio otorga", empezó a tararear una canción de cuna que me parecía conocida, quizá la escuché en algún lugar, en una caja de música, o en la boca de una mamá primeriza. Cerré los ojos y después de algunos minutos me quedé dormida, por fin, con la voz de Luna en mi oreja y con la cabeza de Sultana en mi mano izquierda.

A la mañana siguiente, Alejandra entró a la habitación con la misma ropa del día anterior. Nos dijo que el desayuno ya estaba listo, que bajáramos a comer para después partir. Eran gorditas de nata con lechera.

Todas comimos en silencio. Parecía una mañana tranquila, como cualquier otra.

—¿Cuánto tiempo tenemos? —preguntó Luna.

—¿Me vas a acompañar?

—Sí.

—Bueno, como... veinte minutos, pero no más.

Al terminar de comer las gorditas, Luna me tomó de la mano y salimos al patio. Había muchas plantas con flores de todos los colores.

—Este es mi jardín. Mi madre me deja plantar lo que se me dé la gana con tal de tenerme callada.

—¿Tú plantaste todo esto?

—Sí... Es como mi forma de conservar los recuerdos.

—¿Cómo?

—Sí... Cada planta aquí significa una persona que pasó la noche en casa.

Luna me dio un recorrido con los nombres de todas las plantas en el lugar, nombres que pertenecían a personas con historias y sueños. Sentí tristeza, aunque quizá era nostalgia, de observar tantas flores que significaban algo.

—¿Qué flor te gusta a ti?

“Jazmines”, escuché la voz de mi mamá dentro de mi cabeza, “amo los jazmines”. “¿Por qué, mamá?”, le pregunté entonces. “Huelen a cielo”, me contestó.

Sentí nuevamente un nudo en la garganta.

—Los jazmines.

—Sí, sí. Ya sé cuáles son. ¿Por qué elegiste los jazmines?

—Me recuerdan a mi mamá, pero también me recuerdan mi infancia.

—Cuéntame. Esto tiene que ser personal —dijo sonriendo mientras buscaba en una cajita semillas de jazmín.

—La familia de mi madre está compuesta por mi abuelita, sus cuatro hermanas, su hermano y ella. Los hermanos tuvieron hijos y en total somos trece primos, bueno...—guardé silencio—, sí, no importa lo que pase, siempre seguiremos siendo trece.

—Ajá...

—Pues... cuándo éramos todos niños, había en la casa de la abuela un enorme jazmín. Era tan grande que prácticamente era un techo y nosotros nos resguardábamos debajo de él para contar historias y fingir que teníamos superpoderes. Era una especie de hogar temporal que nos protegía de la lluvia. Creo que eso es... Los jazmines me hacen sentir que estoy en un lugar seguro, en mi hogar, con personas que amo y me aman...

—Me gusta, creo que es una idea muy fuerte. La planta crecerá aquí con tu nombre.

Sonreí.

—¿Le pondrás Carmina?

—Me gusta... es como el nombre perfecto para algo. ¿No lo crees?

Le ayudé a plantar semillas de jazmín en un pedazo de tierra.

—¿Qué planta eres tú? Tienes planta, ¿no?

—Claro... —dijo con un tono que no sabía cómo descifrar.

—Yo soy bugambilias rosas.

—¿Bugambilias?

—Sí... las amo.

—¡¡Ey!! ¡¡Ya nos vamos!! —gritó Alejandra desde la puerta que daba al patio.

—Bueno, es hora de irnos, pero antes...

Sacó un pedazo de metal del bolsillo de su pantalón.

—¿Qué es esto?

—Es un pedazo de prendedor —dijo con una sonrisa.

—Y... ¿para qué sirve?

Tragó saliva sin dejar de ver el pedazo de lo que parecía ser un ala de algo.

—Es lo único que me queda de esa otra vida, Carmina. Era un prendedor muy bonito. Una libélula de metal con diamantes morados que brillaban en la oscuridad...

—Bueno, pues... gracias.

—Eso te ayudará a comunicarte...

—¿A comunicarme?

—Sí..., pero que mi mamá no lo vea. Es el último pedazo que me queda. Úsalo bien.

Entonces, se puso de pie y caminó delante de mí. Sultana la miraba, parecía que ella sí entendía de qué estaba hablando.

—¡¡Carmina!! ¿Vienes? —volvió a gritar Alejandra.

Corrí a la puerta del patio, atravesé la pequeña casa y subí nuevamente al asiento del copiloto, pero, en esta ocasión, acompañada de Luna y de Sultana, un poco más apretada que la vez pasada, pero más tranquila.

—Bueno, digan adiós a la casita —pidió, pero ninguna hizo gesto de levantar la mano ni de abrir la boca.

—Bien, Carmina... ¿qué quieres escuchar?

—¿De música?

—Sí, claro, ¿qué más?

—Quiero escuchar a Los Panchos.

—¿Los Panchos? ¿En serio?

—Sí —dije un poco avergonzada.

—¿Por qué?

—Es lo que escucha mi papá.

—Pues Los Panchos serán, ¿alguna canción en especial?

—*Sin ti.*

Entonces, como si la canción que pedía fuera la siguiente en su lista de reproducción, comenzó a sonar *Sin ti* y, automáticamente, mi cuerpo, mi mente, mi todo se trasladó a mi casa, a la sala, en un momento en que tenía nueve años y mi padre estaba sentado en uno de los sillones, con un vaso de tequila preparado en una mano.

"¿Estás triste, papá?", le pregunté. "Un poco", me respondió. "Y si estás triste, ¿por qué escuchas música que te pone más triste?". Mi padre sonrió. "Pienso que así sale más rápido todo este sentimiento. ¿Quieres bailar?", preguntó. "¿Esa canción?". Asintió. Luego, sin que le respondiera, se puso de pie, dejó su vaso a un lado, dejó que me parara sobre sus botas de trabajo y comenzamos a movernos de un lado a otro mientras, con ambos brazos, abrazaba su dorso. Todavía recuerdo el olor de su camisa, un poco de sudor, un poco de perfume. Todavía recuerdo el sonido de sus tripas, como si en su estómago estuviera su corazón, palpitando lento, incluso, débil.

Sin ti
no podré vivir jamás
y pensar que nunca más
estarás junto a mí.

Sin ti
qué me puede ya importar
si lo que me hace llorar
está lejos de aquí.

Sin ti
no hay clemencia en mi dolor
la esperanza de mi amor
te la llevas por fin.

Sin ti
es inútil vivir,
como inútil será
el quererte olvidar.

Alejandra cantaba la canción y en su intento de cantarla a la perfección, de alguna manera, le quitaba la solemnidad que merecía la letra.

"No podemos perder el tiempo, hija. Hay que bailar mientras se pueda. Siempre hay que bailar, no importa qué música suena". Eso fue lo que me dijo mi papá al terminar la canción.

Luna recargó su cabeza en mi hombro como si pudiera adivinar qué estaba pensando, o recordando, más bien. Así permaneció durante mucho tiempo, con un sol que casi no calaba y un paisaje al que ya me estaba acostumbrando, hasta que algo cambió. Las parcelas de maíz, de pronto, fueron suplidas por praderas que

parecían infinitas, repletas de cosmos naranjas, pero eso no era todo, miles de mariposas blancas volaron sobre las flores.

—¿Qué es eso?

—¿Qué es qué?

—La pradera, inmensa, llena de mariposas, de flores...

—¿Una pradera? ¿Estás segura, Carmina?

—Sí... Qué hermoso se ve todo.

Luna miró a su madre y ésta la miró con cierta resignación. Entonces, disminuyó la velocidad de la camioneta y se orilló.

—¿Qué pasa? —pregunté cuando Alejandra bajó de la camioneta y se dirigió a la puerta de copiloto.

Luna no me veía.

—Creo que aquí bajas tú.

—¿Por... por qué?

—Porque es tu pradera, Carmina...

En cuanto Alejandra abrió la puerta, Sultana saltó de la camioneta y comenzó a perseguir mariposas. La perra se veía contenta y cómoda.

—Escúchame bien, Carmina. Tienes que estar atenta al movimiento de las mariposas. Ahorita están en pausa, están en descanso, pero en unos minutos todas ellas cambiarán de dirección y tú tendrás que seguirlas. No las pierdas. Camina cerca de ellas.

—No entiendo, pensé que tú me llevarías con mi familia.

—Te prometo que antes de que oscurezca estarás con tu familia.

—¿Cómo sabes eso? —pregunté llorando.

—Lo sé... sólo tienes que hacerme caso.

—Pero...

Alejandra me abrazó tan fuerte que sentí que me faltaba el aire. Enseguida, se apartó de mí, me miró de frente, alzó su mano, pasó sus dedos por todo mi rostro, como si quisiera que a fuerzas parpadeara y, luego, me besó la mejilla.

—Toda mamá quiere que su hija regrese y hace todo para que así sea...

Sus labios temblaban y parecía que ella también se pondría a llorar. Luna asomaba su cuerpo por la ventana, estiró su mano para que me acercara a ella.

—No olvides lo que te dije...

Luna apretó mi mano y se la llevó a la mejilla.

—Pondré flores, muchas flores de jazmín en tu nombre.

Le sonreí.

—Te lo prometo, crecerán jazmines en tu nombre —volvió a decir, y me soltó.

Alejandra no se subió a la camioneta. Se quedó de pie, recargada en el cajón.

—¿No te irás? —pregunté.

—No... esperaré un poco a que camines unos cuantos metros...

"Mamá, ¿por qué te quedas en la puerta hasta que doy la vuelta?", le pregunté a mi madre una tarde después de la escuela. Ella puso su mano fría en mi mejilla, me miró con amor y pegó su cabeza a la mía. "Te seguiría a todos lados, hija, pero no puedo, así que con la vista te acompaño hasta donde te alcanzo y después sólo te encargo a Dios", me respondió.

—Gracias...—dije y, por breves instantes, pude ver en el rostro de Alejandra el rostro de mi madre. Sultana, al ver que no me movía, mordió cuidadosamente mi falda y comenzó a tirarme.

Di la espalda a Alejandra, a su camioneta, a su hija y a esas otras dos mujeres y, cuando ya había caminado unos cuantos metros, volví la mirada y todavía seguían ahí. Alcé la mano y me despedí; entonces, las cuatro me correspondieron. Vi a Alejandra subir nuevamente a la camioneta y, segundos después, partió con Luna sin dejar de mover su mano hasta que desaparecieron de mi vista.

Al principio, me encontraba en medio de las flores, entre los aleteos constantes de las mariposas, que, de cerca, eran más grandes de lo que imaginaba. Algunas se paraban sobre mi blusa y otras acariciaban mi rostro. Sultana jugaba con ellas sin lastimarlas. Brincaba y las alborotaba con sus enormes patas de labrador y, cuando menos lo esperé, todas, como si fueran pájaros, emprendieron vuelo en una misma dirección hasta que ninguna quedó entre las flores. Sin ninguna indicación, Sultana comenzó a seguirlas y yo a ellas.

Las mariposas volaban bajo, me rodearon entera y no dejaron que me quedara atrás. Me imaginé de vestido blanco, como un hada de esas que tantas veces vi en películas, Pulgarcita, quizá, y, en ese tono de

locura de empezar a creerme un personaje de una película, comencé a escuchar una canción de fondo que me hacía pensar en mis padres cantando en navidad.

"¿Tú te quieres casar, Juli?", le pregunté a mi hermana. "Creo... ¿y tú?", lo pensé. "Para casarme, tendría que ser un hecho muy raro y único", respondí. "¿Cómo?". "Sí... últimamente he soñado con praderas, montañas nevadas, un río, flores por todos lados y un hombre de ojos hermosos mirándome... Yo pienso que sólo con él podría casarme". Juliana se burló tanto de mí que casi se orina. "¿Es en serio?", me preguntó cuando terminó de carcajearse. Asentí. "¿Y crees que ese hombre existe más allá de tus sueños locos?", me cuestionó. "Pues... estoy segura de que, si lo llego a ver, lo reconoceré y él me reconocerá a mí, como en las películas". Juliana volvió a reírse.

La música, las mariposas y Sultana comenzaron a alejarse. Así, lo que era una caminata tranquila, se hizo una carrera para no perderlas. Le gritaba a la perra, pero ésta iba tan a prisa que me costaba seguirle el paso. Las mariposas que antes volaban bajo comenzaron a dispersarse y, de pronto, de haber miles, sólo podía ver una o dos. En ese momento, la perra, a la que hasta ahora no había escuchado ladrar, empezó a hacerlo de tal forma que pensé que algo saldría de entre los arbustos. Me quedé quieta, esperando. La

música se fue haciendo cada segundo más distante y, en su lugar, se escucharon pasos acercándose al lugar donde ahora me encontraba paralizada de miedo. Entonces, escuché la voz de mi madre.

Sultana dejó de ladrar de golpe y se echó sin hacer ningún movimiento brusco.

—¿Mamá? —pregunté, pero no hubo respuesta.

—¡¿Mamá?! —grité más fuerte, con toda la fuerza que mis pulmones me permitían.

Sentía los pies enterrados en la tierra suelta. En todo el camino de mariposas no vi mis pies, estaba tan embobada con las alas blancas aleteando tan cerca que no me di cuenta de que una vez en pausa, en lugar de dedos, tenía raíces que buscaban lo profundo, en el piso árido, como si mi cuerpo hubiera estado ahí durante días, años, quizá.

Desesperada, con ayuda de mis manos, comencé a cavar con la esperanza de que el sol o la falta de agua me estuvieran provocando alucinaciones. Sultana me observaba, se levantó de donde estaba para acomodarse cerca de mí; para lamer mis piernas que, poco a poco, se convertían en ramas. Con terror, me aferré al único objeto que tenía: el pedazo de broche que Luna me había dado.

—¡¿Mamá?! —volví a gritar —¡¿Mamá?!—, pero nadie se acercó. —¡¿Mamá?!

En ese momento, como una marea, miles de mujeres se acercaron a mí, a Sultana. Con lágrimas en los ojos, sus labios secos, sus manos agrietadas como la misma tierra, abrieron paso a una mujer que, a gatas, se arrastró hasta mis pies de raíz. Esa mujer era mi madre, más vieja, más triste, más sola. Intenté agacharme para recogerla, pero no pude.

—¿Mamá? Aquí estoy...

Entonces... con sus manos, sin quitar a la perra, comenzó a hacer a un lado la tierra, desesperada, con la esperanza de encontrar "algo", hasta que, por fin, entre los puños de tierra y las raíces, encontró "algo": uno de mis zapatos de charol.

Abandonaba mi cuerpo de niña, me volvía un arbusto que apestaba a jazmines. Mi madre cayó al piso, gritó. No la escuché, el sonido de su grito atravesó mi cuerpo y luego ella fue sostenida por otras mujeres. Abrazaba mi zapato como si pudiera verme en el reflejo de charol. Entonces, sólo hasta entonces, lo recordé, lo recordé todo.

Ya no sentía un nudo en la garganta, toda yo me había convertido en uno. Lo entendía. Entendía lo que había pasado, pero no lo podía aceptar. Sultana me miró. Parecía llorar. Se acercó a los troncos que eran mis piernas y comenzó a rascar la corteza de las ramas. Miré a mi madre, mis pies... Llorando, levanté mi cabeza, miré el cielo, dejé caer el pedazo de broche esperando que mi madre pudiera tomarlo y cerré los ojos.

—¿Carmina?

Mi madre me hablaba. Abrí los ojos, ella estaba ahí, frente a mí. Sólo estábamos las dos.

No había nadie ni nada a nuestro alrededor.

—¿Carmina? ¿Mi niña?

Gateé hasta ella y me dejé acurrucar entre sus brazos, donde podía escuchar su corazón.

Lloré sobre su blusa mugrosa y ella lloró sobre mi cabeza.

—Tuve tanto miedo..., pero siempre quise regresar a ti, a papá, a mis hermanos... a casa.

—Yo lo sé, mi amor... yo sé que hiciste todo...

—Perdón, mamá...

—Ssshhhhh, no digas nada, hija... aquí estoy. Te encontré.

—¿Qué va a pasar ahora? —pregunté temblando, pero mi madre tembló aún más.

—Te llevaré a casa.

Y, como si no pesara nada, como si fuera una pluma, como si fuera sólo un zapato, me llevó en brazos mientras me decía lo mucho que me amaba y lo mucho que todos me extrañaron. Me dijo que todo estaría bien, que ellos lo estarían, que ya podía descansar, que ya podía dormir tranquila.

La miré a los ojos, nos miramos, acaricié su rostro y besé su mejilla. Sabía que tenía razón y así fue, me abandoné en su cuerpo, de donde vine, donde siempre pertenecí, y, antes de cerrar los ojos, miré el jazmín, me miré a mí y a Sultana, quien parecía sonreír, y no pude hacer más que ofrecerle mis lágrimas en gratitud por haberme llevado hasta mi madre. Después, cerré los ojos por última vez, me quedé dormida abrigada en su calor, en su pecho, arrullada por su voz y por la promesa de que volvería al hogar.

Secretaría de Cultura del Gobierno de México

Claudia Curiel de Icaza
Secretaria de Cultura

Marina Núñez Bespalova
Subsecretaria de Desarrollo Cultural

María Guadalupe Moreno Saldaña
Titular de la Unidad de Administración y Finanzas

Diego Raúl Martínez García
Director general de Vinculación Cultural

Guillermina Pérez Suárez
Coordinadora nacional de Desarrollo Cultural Infantil

Diciembre de 2025

alas y raíces

Carmina despierta sin sus zapatos, está en un lugar nuevo, donde todos están descalzos. Recuerda a su familia y empieza a andar. Entre mariposas y jazmines, comenzará su viaje de regreso a casa.

Descarga gratis más títulos

Gobierno de México | Cultura
Secretaría de Cultura

Colección Alas de Lagartija

Esta publicación es de distribución gratuita, ajena a cualquier partido político, queda prohibida su venta.